

Antonio Jiménez Estrella, José Antonio Guillén Berrendero,
Diana Carrió-Invernizzi, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero,
Ángel Alloza

II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna

Editor

Félix Labrador Arroyo



Universidad
Rey Juan Carlos


ediciones
cinco

CAPÍTULO IV

“LA SITUACIÓN ACTUAL Y NUEVAS LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN SOBRE EL LIBRO Y BIBLIOTECAS EN LA EDAD MODERNA”.

JOSÉ LUIS GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO
Universidad Complutense de Madrid

1. UNA REFLEXIÓN INICIAL: EL LIBRO Y LAS BIBLIOTECAS COMO TESTIMONIOS HISTÓRICOS

Uno de los episodios más sorprendentes de la evolución de la metodología historiográfica en el último siglo (quizá no el más importante desde luego), pero sí el que nos plantea curiosos interrogantes acerca de nuestro labor como historiadores, es el proceso que ha convertido a una disciplina completamente auxiliar, como era la bibliografía, en un campo de investigación cada vez más atrayente y diversificado para el historiador actual. Desde sus orígenes en la antigua Sumeria, la bibliografía fue concebida habitualmente como un herramienta exclusiva para los bibliotecarios, que elaboraban los catálogos de los fondos a su cuidado, y para los lectores. Eran una fuente de información que bajo los nombres de tabla, catálogo, biblioteca, repertorio bibliografía, índice fueron produciéndose a lo largo de los siglos. No viene ahora al caso desglosar esta largo periplo, en el que la *Bibliotheca universalis de Conrad de Gesner* (1545), la *Bibliotheca Hispana, Vetus o Nova*, de Nicolás Antonio (1681), o el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* de Bartolomé Gallardo (1863-1889) mar-

caron hitos a lo largo de su plurisecular periplo¹. Sí cabe destacar, sin embargo, como a principios del siglo XIX la "Ciencia bibliográfica" experimentó una extraordinaria mutación, gracias a la propuesta que hizo en 1802 el bibliotecario y bibliófilo francés Gabriel Peignot, quien, en su *Diccionario razonado de bibliología*, empleó este término (Bibliología) para designar a la Ciencia del libro, reservando Bibliografía solo como denominación de una de sus ramas o partes, la que se ocupaba de la elaboración de repertorios bibliográficos. Y es que, el bibliógrafo, como el mejor conocedor de los libros que catalogaba, podía al mismo tiempo convertirse en un "bibliólogo", en un erudito conocedor de la historia de tales volúmenes. A esta conciencia distintiva acuden en 1863 José Sancho Rayón y Manuel Remón Zarco del Valle para (en su prólogo a la edición del Ensayo de Gallardo), enaltecer la labor de los "bibliógrafos":

"Suele, para muchos, carecer de crédito la bibliografía, suponiendo que no tiene más fin que copiar las portadas de los libros y contar el número de sus hojas; oficio mecánico y subalterno, empleo fatigoso para espíritus valientes. Nada menos que eso: achicadas todas las ciencias y artes, caen del docto y artista en el autómatas o en el menestral. [...] ¿Qué sería del historiador, del crítico, del artista, del poeta mismo, sin la diligencia y exquisito celo del bibliógrafo? Él, a ley de entendido y activo mercader, les trae de apartadas y desconocidas regiones los materiales, a que muy pronto ha de dar el ingenio extraordinaria vida; los ordena, los clasifica, muestra el temple y fineza de cada uno, y señala para qué pueden servir y dónde y cómo pueden emplearse. [...] Por esto tienen razón los que exigen de éste algo más que portadas y número de hojas, los que desean que les presente medio estudiado y medio conocido el libro, los que condenan a quien abulta mucho el volumen con ligeras y poco estudiadas notas bibliográficas de autor muerto, que no citan, mientras meten mucho ruido con los vivos; y en fin, los que exigen en esta clase de catálogos, noticias biográficas de los autores y algunos trechos de sus obras, así para conocer el genio de aquellos, como para entrever la utilidad de éstas"².

Desde entonces la bibliografía ha ido desarrollándose hasta convertirse en una disciplina que ha adquirido personalidad propia, erigiéndose el bi-

¹ Remitimos a L. BALSAMO (1998): *La bibliografía. Historia de una tradición*, Gijón: Trea.

² B. J. GALLARDO (1863): *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, pp. VIII-IX.

bliógrafo desde la subalterna posición de auxiliar a la de un investigador que (según la temática) puede ser historiador. Ésta última figura es la que aquí nos interesa, y circunscrita a un período: la historia moderna. Para comprender mejor el actual interés por el libro y las bibliotecas en las investigaciones de carácter historiográfica parece conveniente resumir –con la brevedad que para este caso parece pertinente y obligada– cómo se ha llegado al momento actual. No cabe duda de que el “libro” siempre ha sido una fuente muy apreciada en la investigación histórica, al igual que el documento de archivo, o que la moneda o que el vestigio arqueológico, pero en el último medio siglo el “libro antiguo” se ha ido destacando y singularizando frente al resto de las fuentes. Pero no solo el libro, también las bibliotecas. Éstas, como los receptáculos o almacenes, o lugares de lecturas de aquellos objetos portadores de conocimientos, también se han beneficiado del creciente interés que los primeros han experimentado entre los historiadores.

En el caso del libro, de la bibliografía se ha ido conformado en una disciplina nueva que podríamos denominar como bibliología, dedicada a estudiar todas las dimensiones que en un libro conviven. La *perspectiva repertorial*, que desde al menos fines del siglo XVII, había predominado como único objetivo del trabajo del bibliógrafo, dedicado a elaborar catálogos, tipobibliografías o biobibliografías, fue dejando paso desde principios del siglo XX a una nueva perspectiva, la material. Los autores de la denominada como escuela anglosajona de bibliografía (R. McKerrow, A. J. K. Eadsale, F. Bowers o P. Gaskell), empezaron a concebir el libro como un objeto material e histórico, sometido en su producción a unos contextos tecnológicos, legales y sociales determinados, que modelaban su aspecto formal y, por ende, también sus contenidos. Estos autores defendían que los libros no eran solo objetos cuyos datos debían transferirse a un registro, inventario o ficha catalográfica, sino que tenían una entidad material propia (de aquí la denominación de “bibliografía material que se aplica a esta escuela”). Para su mejor y más correcta catalogación era necesario comprender también cómo se habían producido y cómo se habían distribuido³. Esto convirtió al bibliógrafo no ya en un bibliólogo (que dijera Peignot), sino en un historiador, dedicado a investigar también la evolución de las técnicas de la impresión, las vidas de los tipógrafos (tanto a más que las de los autores)

³ F. de los REYES GÓMEZ (2010): *Manual de bibliografía*, Madrid: Castalia.

y a manejar los libros antiguos como si un objeto arqueológico se tratara, intentando buscar en sus cuadernillos, firmas y estructura formal aquellas pistas que le permitieran datar y distinguir cada uno de los ejemplares que llegaban a sus manos.

De esta forma, no ha de sorprender que en pocas décadas el bibliógrafo se convirtiera a su vez en un historiador del libro. Hacia 1980 esta perspectiva estaba ya plenamente consolidada en el ámbito de los estudios bibliográficos, aunque limitada en muchos aspectos a un tipo de investigación particular: la literaria o filológica. Esto era consecuente con los propios orígenes de la citada escuela anglosajona: en sus inicios (principios del siglo XX) el principal objetivo que impulsó sus presupuestos fue determinar cuál era el texto original y más correcto de las grandes obras teatrales de William Shakespeare. Las versiones manuscritas e impresas no coincidían en muchos pasajes ni entre sí. ¿Cuáles eran las posibles razones? Solo podía averiguarse si se desentrañaban los misterios de cómo aquellas copias habían sido producidas y cuáles habían sido las funciones que habían tenido en aquella época. Esto permitiría otorgar mayor autenticidad a unas sobre otras. Si tenemos en cuenta que la obra shakesperiana constituía uno de los principales fundamentos de la identidad nacional británica, que en las escuelas los jóvenes aprendían de memoria sus versos, se comprende que la determinación científica de dichos textos fuera una cuestión de gran importancia social, y no solo una preocupación científica minoritaria.

La perspectiva material, en consecuencia, siempre ha estado muy vinculada a lo que podríamos denominar como la perspectiva textual⁴. Ésta (en el ámbito filológico) se interesa fundamentalmente por analizar la transmisión de los textos. Por ello, la bibliografía material y la crítica textual no tardaron en darse la mano desde principios del siglo XX. Ahora bien, debe advertirse que este fenómeno no era esencialmente nuevo. Ya había ocurrido en los siglos anteriores. La crítica textual constituye uno de los fundamentos de la filología desde sus inicios en la antigua Grecia, lo volvió a ser en el Renacimiento, con el auge del humanismo en los siglos XV y XVI, y retornó

⁴ Hay tres piezas clásicas en la definición teórica de la crítica textual española contemporánea: A. BLECUA (1983): *Manuel de crítica textual*, Madrid: Castalia; E. RUIZ GARCÍA (1985): "Crítica textual. Edición de textos", en J.M. DIEZ BORQUE (ed.): *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid: Taurus, pp. 67-143; J.M. FRADEJAS RUEDA (1992): *Introducción a la edición de textos medievales castellanos*, Madrid: UNED.

a tener gran importancia en el siglo XVIII, gracias al neoclasicismo. Sin embargo, aquellos humanistas habían ejercitado su labor de crítica textual sobre libros manuscritos, sobre códices, casi nunca sobre impresos. Ellos (como es sabido) deseaban devolver a su esplendor e integridad originales las grandes obras de los autores de Grecia y Roma, y para ellos buscaban y analizaban con ahínco los manuscritos latinos o griegos, más antiguos y de mejor calidad, que pudieran hallarse. La codicología surgió realmente entonces, y sus métodos de análisis material no son muy diferentes a los que después impulsaría la bibliografía material. La única diferencia es que aquellos estudiosos de la literatura en el siglo XIX estaban más interesados por la difusión de obras que habían sido impresas durante los siglos anteriores. Existe un claro paralelismo histórico entre ambas metodologías de trabajo: análisis material y crítica textual. A estas perspectivas no tardaría en unirse la estadística. La elaboración de repertorios para reconstruir la producción bibliográfica de talleres, ciudades, regiones y estados fue proporcionando una visión más completa acerca de las verdaderas dimensiones del fenómeno editorial en los siglos modernos, y su estudio solo podía realizarse aplicando métodos de análisis cuantitativo. La obra de Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento* (1987) tuvo en nuestro país una influencia paradigmática.

La siguiente “revolución” que modificó los parámetros de trabajo de la bibliografía ha sido el impacto de la Historia social de la cultura, o historia cultural. Ésta se originó por el afán (“huyendo” de la historia total de la Escuela de Annales) de devolver al individuo su protagonismo, de convertirle en el centro del relato histórico. La obra de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (en su título original *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*) marcó un hito desde su publicación en 1976, La microhistoria se abrió camino⁵, y después los trabajos de Chartier sobre la historia del libro han dado a este objeto (ejemplo de elemento micro-histórico) la última dimensión que en su estudio faltaba por desarrollar: la de su lectura y recepción⁶. Mientras la producción de un libro llevaba a analizar la imprenta como fenómeno tecnológico, en relación con la industria del papel o con la

⁵ J. SERNA y A. PONS (2005): “Menocchio y yo. Carlo Ginzburg y el problema de la identidad”, en *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

⁶ Citemos sus dos obras fundamentales, (1989-1991): *Histoire de l'édition française* (en codirección con H.-J. MARTIN), 4 volúmenes 2ª ed., París: Fayard y Cercle de la librairie; y (1987): *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París: Le Seuil.

cultura técnica de cada época; la comprensión del proceso de la lectura ha ido permitiendo estudiar sobre un terreno siempre movedizo, pero muy atractivo, cómo se produjo la difusión de las ideas, su circulación, su censura y propaganda, su comercialización y, por último, su resguardo en las bibliotecas⁷.

La historia del libro es, en primera instancia, una historia de la cultura material de la sociedad; pero la de la lectura (en la que la historia cultural ha hecho especial hincapié) nos ha llevado en las últimas décadas, en cambio, al terreno de la producción de sentidos y significados. La conjunción de ambas historias ha abierto espacios inéditos para interpretar un problema decisivo en el estudio de cualquier configuración social: la conformación social y la difusión de las ideas⁸. En consecuencia, a inicios del siglo XX, la historia del libro y de las bibliotecas puede ser descrita como una metodología que aborda la historia de las sociedades desde unos presupuestos innovadores. Estamos ante un prisma de mil y una caras, al que han contribuido a "tallar" las diferentes metodologías y escuelas someramente citadas.

En la actualidad los libros y las bibliotecas pueden considerarse como elocuentes testimonios históricos. Con respecto a los primeros, en nuestra opinión, todo libro antiguo constituye de por sí un testimonio histórico excepcional. No es una mera fuente textual, es una fuente material que puede analizarse desde varias perspectivas. Trabajar con libros antiguos es hacerlo como si se manejaran las teselas de un mosaico. Cada ejemplar conservado es una pieza única, pero en origen formaba parte de un escenario amplio. Por ello, recolocando cada una de las piezas, la "escena" se hace visible. Por lo que, como expresamos en otro lugar: "Ya sea como objeto material o

⁷ Una actualización de esta perspectiva investigadora en P. POIRRIER (dir.) (2012): *La historia cultural*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

⁸ Sobre esta perspectiva podemos citar en español los trabajos ya clásicos de R. CHARTIER (1993): *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza editorial. En especial el cap. I.: «De la historia del libro a la historia de la lectura». Igualmente, resulta imprescindible por su planteamiento el trabajo de F. BOUZA ÁLVAREZ (1992): *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid: Síntesis, y (1999): *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII*, Salamanca: Publicaciones del Semyr. Otras aproximaciones al tema son las de A. CASTILLO GÓMEZ (2010): *Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna*. Gijón: Trea; y J.M. PRIETO BERNABÉ (2000): *La seducción de papel. El libro y la lectura en la España del Siglo de Oro*, Madrid: Arco/Libros y (2004): *Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1330-1650)*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2 vols.

como texto literario, ya sea como producto comercial o como pieza artística, el libro “anciano” (también el “joven”) contiene numerosas capas o vetas que pueden ser leídas de la misma manera que el arqueólogo estudia estratos de ceniza, tierra y piedra. No en vano, el libro fue concebido para ser el portador de unos mensajes escritos, destinados a “inmortalizarse”, y por esto, a diferencia del arqueólogo, que rescata objetos enterrados y fabricados muy pocas veces para perdurar, el bibliógrafo trabaja con unos fragmentos del pasado que fueron creados con el doble objetivo de que las ideas se divulgaran y no fueran olvidadas. Al fin y al cabo, la escritura se concibió con estos fines, y el libro (en cualquier soporte, formato o lengua) siempre fue el instrumento portátil que facilitaba su mejor difusión. Por esto se conservaba y era leído por diferentes generaciones, prolongándose así el complejo diálogo entre autor y lector”⁹.

Asimismo, las bibliotecas son otro testimonio cultural excepcional. No en vano, a lo largo del tiempo se han ajustado siempre arquitectónicamente al formato y a la cantidad de sus fondos. Una biblioteca es siempre un testimonio de la cultura de su época, su arquitectura se adapta a los contenidos que alberga y a los usos de lectura dominantes en cada período histórico. En la antigua Roma las bibliotecas, adosadas a templos dedicados a las Musas, a Apolo o a Atenea, tenían dos depósitos, una sala graeca y otra latina, donde se guardaban los rollos en ambos idiomas, fundamentos de la cultura en aquella época y sociedad. A veces se olvida con demasiada frecuencia que el Imperio Romano fue una entidad bilingüe, en la que los dos idiomas convivieron. A estas salas estaba adosado habitualmente un gran patio porticado, con asientos y respaldos fijos en la parte interior, en el que los lectores leían (en voz alta), o debatían los textos de los libros¹⁰.

En los siglos altomedievales, sin embargo, se impuso las monásticas “torres de la sabiduría”, en la que los monjes depositaban sus libros. Se trataba de bibliotecas concebidas más como depósitos que como sitios de lectura, ya que su principal función era la de preservar y proteger el conocimiento, y una torre era la edificación más adecuada, frente al fuego o frente a otros elementos destructivos. La novela *El Nombre de la Rosa*, de Umberto Eco

⁹ J.L. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO (2008): “El santo rey Fernando y su periplo entre las viejas crónicas”, en F. de los REYES GÓMEZ (ed.): *Crónica del santo rey don Fernando III el Santo*, Madrid: Editorial Complutense, p. 9 (Edición facsímil de la de Sevilla, Jacobo Cromberger, 1516).

¹⁰ L. CASSON (2003): *Las bibliotecas en el mundo antiguo*, Barcelona: Bellaterra.

(y especialmente su versión cinematográfica) han venido a divulgar esta tipología de biblioteca monástica.

Fue a partir del siglo XIII, especialmente tras la fundación de las nuevas bibliotecas universitarias, como la de París (1253), cuando la actividad lectora se desplazó hasta las ciudades desde el espacio rural monástico y las bibliotecas modificaron su aspecto. Como éstas tenían una función esencialmente pedagógica, para que los profesores y los alumnos (en número cada vez mayor), pudieran acceder a los libros, fue necesario diseñar un espacio arquitectónico diferente para las bibliotecas. Puesto que tenían un uso público, se optó por adaptar los edificios más accesibles de la época: las iglesias. La zona del ábside se reservaba solo como depósito en un primer momento, mientras que la nave (o naves) servían de zona de lectura. Después, al crecer la cantidad de libros disponibles, los armarios con libros encadenados fueron extendiéndose a lo largo de las naves, ya fuera por los laterales, ya fuera por el centro. Este modelo de bibliotecas "salón" o abovedadas se mantuvo en época renacentista, como evidencian las arquitecturas de la Vaticana, la Marciana, o El Escorial, pero en las bibliotecas del Barroco (especialmente después de 1650), incluyeron una novedad. La imprenta, tras dos siglos de labor, había multiplicado de tal manera la cantidad de libros disponibles que, para poder almacenar todos ellos, las estanterías y las alturas de las viejas bibliotecas salón ya no eran suficientes. Es entonces cuando los muros de las bibliotecas se estiran en altura hasta lo inimaginable, fuera de toda escala humana.

El lector necesita escaleras (y no padecer vértigo) para alcanzar un volumen y llevárselo a su mesa. Algunas bibliotecas europeas son paradigmáticas a este respecto, en especial la Österreichische Nationalbibliothek, construida por Johann Bernhard Fischer von Erlach entre 1723 y 1726. Su impresionante sala principal mide 80 m² y tiene 20 metros de alto, con una cúpula decorada al fresco por Daniel Gran. En los siglos posteriores la producción editorial siguió en alza constante, y más tras el desarrollo de la imprenta industrial. Los arquitectos de bibliotecas trataron de adaptar los edificios a esta circunstancia, y hoy no cabe duda de que, como una solución a este problema, las bibliotecas digitales han encontrado una razón para su existencia y desarrollo. No es la única, por supuesto.

2. LOS OBJETOS DE INVESTIGACIÓN EN LA ACTUALIDAD

En los últimos veinte años se ha producido una gradual evolución en las líneas de investigación sobre estas temáticas. Desde que yo mismo publicara *La Librería rica de Felipe II, o Regia Bibliotheca. El libro en la corte de Carlos V*¹¹, la investigación sobre el libro y las bibliotecas ha adoptado nuevas formas a medida que está cambiando al mismo tiempo nuestra visión del patrimonio bibliográfico ante la revolución de los soportes digital. Por ejemplo, el impacto de lo digital se detecta en la escasez actual de publicaciones relacionadas con la tradicional perspectiva repertorial. Tras la publicación en España de varios volúmenes de la colección *Tipobibliografía española*, dirigida por José Simón Díaz¹², el proceso de publicación se ha detenido en 2005, con la aparición de *La imprenta en Burgos (1501-1600)*, de Mercedes Fernández Valladares¹³. La razón no es otra que el alto coste de estas ediciones en papel, y su falta de competitividad frente, no sólo a la edición en línea (*on line*) de catálogos colectivos, muy accesibles a los lectores, sino también por su escasa capacidad de actualización. A pesar de que una tipobibliografía se emprenda con el propósito de incluir todas las ediciones existentes, el texto impreso queda de inmediato obsoleto. Elaborar catálogos, tipobibliografías o biobibliografías, y publicarlas en papel, ya no resulta coherente, lo que está dejando paso a una nueva perspectiva investigadora, como ha puesto recientemente de manifiesto Jon Zabala¹⁴.

En esta evolución, debe reconocerse que la influencia de la perspectiva material tuvo (y sigue teniendo) una notable influencia. La bibliografía material de la escuela anglosajona ha demostrado una gran capacidad de adaptación a los cambios de la nueva era digital. La elaboración de una tipobibliografía pretende describir el ejemplar ideal, la ideal copy, término que encierra una cierta idea de reconstrucción histórica hipotética de una edición. Esto solo es posible lograrlo si el investigador reúne y coteja

¹¹ J.L. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO (1998): *La "Librería rica" de Felipe II. Estudio Histórico y catalogación*, San Lorenzo de El Escorial (Madrid): Ediciones Escorialenses; y (2005): *Regia Bibliotheca. El libro en la corte española de Carlos V*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2 vols.

¹² J. SIMÓN-DÍAZ (1991): "Introducción a la «Tipobibliografía española»", en J. MARTÍN-ABAD: *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Madrid: Arco Libros, vol. 1, pp. [7]-15. Y F. de los REYES GÓMEZ (2002): "El proyecto «Tipobibliografía española»", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, pp. 171-197.

¹³ M. FERNÁNDEZ-VALLADARES (2005): *La imprenta en Burgos (1501-1600)*, Madrid: Arco Libros, 2 vols.

¹⁴ J. ZABALA VÁZQUEZ (2013): "Utilidad y vigencia de las tipobibliografías y su ausencia en el mundo digital", *El profesional de la información*, 22 (1), pp. 68-73.

el mayor número de ejemplares concretos de dicha edición. En este contexto, aunque los catálogos y las tipobibliografías tienen indudables diferencias en los objetivos y procedimientos, conviven en una beneficiosa simbiosis, como se evidencia, especialmente, en iniciativas colaborativas como el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* (CCPB)¹⁵, donde las ideas de ejemplar ideal y emisión (acuñadas por la bibliografía material) están cada vez más presentes.

Ahora bien, en la actualidad está teniendo un mayor impacto la corriente de las "Humanidades Digitales", o "Informática humanística". Se trata de una pujante línea de investigación y de docencia aplicada, donde convergen las disciplinas de "letras" tradicionales con la tecnología informática. Las Humanidades digitales abarcan numerosos y variados objetos de estudio, desde el diseño y mantenimiento de colecciones digitales hasta el análisis de datos culturales a gran escala, combinando los métodos propios de las disciplinas humanísticas y de las ciencias sociales con el uso de herramientas informáticas¹⁶. Como es lógico, la proliferación de recursos de investigación *on line* está modificando de manera muy notable la metodología científica. En nuestro ámbito de estudio, las consecuencias son todavía más relevantes. La perspectiva de la bibliografía material exigía el cotejo y análisis de los ejemplares "*in situ*", las bibliotecas digitales favorecen que se eluda este contacto físico entre el libro antiguo y el investigador. Es un auténtico "cambio de paradigma".

A este respecto, al contemplar los actuales esfuerzos que se están realizando en todo el mundo para digitalizar el patrimonio bibliográfico, no puede dejar de mencionarse la sorprendente paradoja del destino que para gran parte de los propios libros, objetos de estos proyectos culturales, su-

¹⁵ Consultable, como es sabido en red. URL: <http://www.mcu.es/bibliotecas/MC/CCPB/> . A 10/03/2014.

¹⁶ Sobre la introducción de esta corriente en España, S. LÓPEZ POZA (2004): "Catálogo y edición digital de relaciones de sucesos españolas accesible en Internet", en *Trabajos de la VIII Reunión de la Asociación Española de Bibliografía*, Madrid: Asociación Española de Bibliografía y Biblioteca Nacional, pp. 93-102; y J.M. LUCÍA MEGÍAS (2003): "La Informática humanística: notas volanderas desde el ámbito hispánico", *Incipit*, 23, pp. 91-114; (2008): "El hipertexto ante el reto de los textos medievales: nuevas reflexiones sobre informática humanística", en A. GONZÁLEZ, L. VON DER WALDE y C. COMPANY (eds.): *Temas, motivos y contextos digitales*. México, D.F.: El Colegio de México, pp. 425-452; (2008): "La informática humanística: una puerta abierta para los estudios medievales en el siglo XXI", *Revista de Poética Medieval*, 20, pp. 163-185; y sobre todo, (2012): *Elogio del texto digital*, Madrid: Fórcola Ediciones. También es de interés el artículo de I. GALINA-RUSSELL (2012): "Retos para la elaboración de recursos digitales en humanidades", *El profesional de la información*, marzo-abril, 21-2, pp. 185-189.

pone su actual copia digital. Al analizar las numerosas iniciativas privadas o públicas surgidas para emprender la digitalización de libros antiguos, sus propósitos fundamentales son siempre dos: garantizar la conservación de los volúmenes y facilitar su accesibilidad universal. Ahora bien, no se trata de iniciativas individuales. Internet nos ha otorgado una perspectiva de globalidad de tal envergadura, que hoy lo que se pretende es, sumando todos los proyectos de digitalización conocidos y que están por venir, crear una biblioteca universal. No en vano, los enormes avances en la tecnología electrónica y digital justifican nuestra creencia de que no estamos a este respecto ante una utopía, sino ante una realidad cada vez más tangible.

Como consecuencia de estos procesos masivos de digitalización, los nuevos estudios sobre el libro antiguo y las bibliotecas están abarcando nuevos campos de estudio, como son:

Las procedencias: Es un “clásico”, pues son innumerables los artículos o las monografías que sobre las bibliotecas “de” se han publicado a lo largo del siglo XX. Sin embargo, en la actualidad, curiosamente, los procesos de digitalización han dado nueva actualidad como parte de la necesidad de mejora los contenidos de los metadatos de los libros automatizados y después digitalizados. No en vano, su impulso ha venido determinado en los últimos años por la aprobación de una específica línea de trabajo establecida por el *Consortium of European Research Libraries* (CERL), y cuyos resultados se pueden consultar en red a través de un *Thesaurus* de poseedores de libros¹⁷. En ella se ha dado especial importancia a la recuperación de la procedencia de los fondos, tanto con respecto a las instituciones que formaron parte de la historia de las bibliotecas. El conocimiento de los anteriores propietarios de los ejemplares constituye una información valiosa que permite nuevas oportunidades de investigación histórica y bibliográfica y ayuda a reconstruir la historia de las colecciones.

Las encuadernaciones: Durante mucho tiempo, desde principios del siglo XX, el estudio de las cubiertas de los libros se consideraba como una investigación artística. En la actualidad se ha desbordado esta perspectiva y las encuadernaciones se han integrado como parte (lógica) del análisis histórico de los libros. De nuevo, las necesidades de la automatización y de la digita-

¹⁷ Se puede consultar este Thesaurus. Dirección URL: <http://www.cerl.org/web/en/resources/provenance/main>
Consultado a 10/03/2014.

lización han tenido mucho que ver. Las descripciones en los metadatos del tipo “encuadernación coeva”, tan someras, cuando no la proliferación de erradas descripciones sobre el estilo ligatorio, han llevado a la búsqueda de una normalización. Y esta solo es posible tras una detallada investigación en este campo. La más completa es la base de datos de encuadernaciones de la British Library donde se incluye una selección de encuadernaciones de la National Library of the Netherlands¹⁸. También en Alemania poseen una base de datos de encuadernaciones denominada “Einbanddurchreibungen” (EBDB) con frotis de planchas, hierros y ruedas de encuadernaciones de los siglos XV y XVI. En la Universidad de Wisconsin, en Estados Unidos, disponen de una base de datos con las descripciones abreviadas de encuadernaciones del periodo 1815 y 1930. La Bibliothèque Sainte-Geneviève (París), contiene encuadernaciones medievales hasta el siglo XVIII¹⁹. En la Real Biblioteca de Palacio (Madrid) se ha creado otra base de datos, donde predominan las encuadernaciones de los siglos XVIII y XIX. Otras instituciones disponen de una galería de imágenes, pertenecientes a exposiciones que han celebrado o de su propio fondo de encuadernaciones, como la Columbia University in the City of New York y la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid con su colección de encuadernaciones.

La historia del libro y de las bibliotecas. Constituye otro clásico que recupera actualidad al producirse el tránsito entre el libro en papel y el electrónico. Permítaseme una larga reflexión al respecto. En gran parte, estos temas adquieren una enorme actualidad porque nos permite, no ya conocer mejor el pasado, la cultura o la sociedad, sino porque también constituye un excelente “espejo” en el que poder abordar el tránsito actual que experimentan nuestros soportes tradicionales de cultura (el papel y la imprenta industrial) hacia unos nuevos soportes digitales o electrónicos. *Y es que, como muy recientemente el profesor valenciano Nicolas Bas Martin, en un artículo titulado “Las “abejas” frente a las “arañas”, se ha planteado, la irrupción de Internet ha puesto de extraña actualidad debates acaecidos en la Edad Moderna, en los que se observa cómo las preocupaciones que hoy suscita la era del libro*

¹⁸ British Library (Londres). Database of Bookbindings. [en línea]. Dirección URL: <https://www.bl.uk/catalogues/bookbindings/> Consultado a 10/03/2014.

¹⁹ Bibliothèque Sainte-Geneviève (París). *Reliures estampées a froid, (12e-18e siècles)*. [en línea]. Dirección URL: <http://bsg-reliures.univ-paris1.fr/fr/recherche/> Consultado a 12/02/2009.

digital son similares a las que se produjeron durante el “Antiguo Régimen Tipográfico”²⁰.

En nuestra opinión, no somos conscientes, de que muchas de las obras impresas en los siglos XV, XVI y XVII en Europa fueron concebidas como los “ladrillos” de papel para crear una biblioteca universal. Evidentemente, no fue así, pero en un determinado momento los eruditos y humanistas de la época creyeron que con la invención de la imprenta era posible alcanzar el sueño de una conocimiento universal y accesible a todos (algo que la copia manuscrita de los códices no permitía). Los libros impresos eran baratos, la labor de los humanistas garantizaba la calidad de los textos clásicos y la expansión ultramarina europea estaba proporcionando una perspectiva nueva del mundo. Un lector podía pretender atesorar todo el conocimiento de la humanidad en su propia casa, gracias a los libros impresos. Esta creencia es la que impulsó a Hernando Colón (1487-1539) a reunir en su casa de Sevilla una gran biblioteca, la actual Biblioteca Colombina, y en 1545 el alemán Conrad Gesner (1516-1565) publicó su *Bibliotheca Universalis*, un repertorio bibliográfico con el que pretendía proporcionar una guía tanto a compradores como a vendedores e impresores de libros. El título de esta obra daría lugar, varios siglos después, a la *Bibliotheca Universalis*, un proyecto digital aprobado en febrero de 1995 por el G7 y liderado por Francia. Esta *Bibliotheca* digital tuvo como objetivo principal proporcionar acceso a las obras importantes del mundo cultural y científico –imágenes de texto, sonidos– a través de la tecnología multimedia, y promover el diálogo cultural entre los países y mejorar los servicios a los usuarios. En la actualidad sus fondos se han integrado en *The European Library*²¹, desde 2005, y en Europeana, la gran biblioteca digital europea que ha empezado a funcionar en 2008²².

No cabe duda de que en la primera mitad del siglo XVI, la extraordinaria experiencia cultural que supuso la expansión de la imprenta con tipos móviles metálicos generó el propósito utópico de crear una *Bibliotheca Universalis*, que reuniera todos los autores y todas las obras de la cultura occidental.

²⁰ N. BAS MARTÍN (2012): “Las “abejas” frente a las “arañas”: un secular debate sobre el futuro del libro antiguo”, *Anales de Documentación*, 15-1. Disponible en internet: <http://dx.doi.org/10.6018/anales-doc.15.1.132791>

²¹ Consultable, como es sabido en red. URL: <http://www.theeuropeanlibrary.org/tel4/> a 10/03/2014.

²² Consultable, como es sabido en red. URL: <http://www.europeana.eu/portal/> a 10/03/2014.

Los libros impresos, baratos y fáciles de producir gracias a la invención técnica de Gutenberg, se presentaban como la herramienta para llevar a buen fin dicho propósito. Los humanistas, con Erasmo de Rotterdam a la cabeza, iban más allá, y concebían esa *Bibliotheca* como el instrumento para lograr la reforma de la sociedad, a través de la educación. En esta primera década del siglo XXI experimentamos unas sensaciones parecidas. El libro electrónico o digital ha revolucionado la manera de leer y de acceder a la cultura, y su acceso universal y barato ha permitido no sólo fraguar, una vez más, otra *Bibliotheca Universalis*, y soñar, como hiciera Erasmo hace cinco siglos, que a través de ella, el “acceso universal al conocimiento” propiciará un gran cambio social en el planeta. Si no ocurrió así entonces, ¿por qué debería ocurrir ahora?

En este contexto se comprende la paradoja que supone para el libro antiguo, especialmente el impreso, su nuevo papel como objeto digital. En su época estos libros fracasaron en el propósito de crear una biblioteca universal, ahora, convertidos en bites de información digital, se les embarca en un proyecto no menos utópico que aquel. Quizás sea por ello más conveniente no centrarnos nuestra mirada en la larga lista de iniciativas encaminadas a conservar digitalmente nuestro patrimonio bibliográfico, sino que también debemos reflexionar sobre las consecuencias negativas o los beneficios que suponen dichas iniciativas. Entre los siglos XV y XVI las prensas manuales funcionaron casi de la misma manera a como ahora manejamos los escáneres de alta tecnología: convertían los códices en libros impresos, permitiendo así un acceso más amplio a sus contenidos. ¿Lo lograron? Si nos hacemos esta pregunta y respondemos con sinceridad, la respuesta sólo puede ser que no.

Entonces, ¿cómo podemos estar tan seguros de que actuamos de la manera correcta? ¿No estaremos corriendo tras una utopía sin darnos cuentas de que en nuestra atropellada y entusiasmada carrera vamos pisoteando el mismo terreno al que pretendemos proteger y perpetuar? Vaya por delante que el autor de estas líneas no padece el “síndrome de Trithemius”²³, al con-

²³ J. L. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO (2012): “El síndrome de Trithemius El impacto de las transiciones en la historia de la cultura escrita como base para una nueva perspectiva de su estudio”, en M. GARONE GRAVIER, I. GALINA, y L. GODINAS (eds.): *Memorias del Congreso Internacional Las Edades del Libro, IIB-UNAM*, pp. 1027-1077. Disponible en: <http://www.edadesdellibro.unam.mx/edl2012/files/EdadesDelLibro.epub>

trario, está plenamente convencido de que el libro en papel no podrá competir con el digital, al menos mientras la Humanidad disponga de fuentes de energía capaces de alimentar los “artilugios” necesarios para conservar y leer estos nuevos libros. El sueño renacentista de una Bibliotheca Universalis se quebró a principios del siglo XVII en Europa. Tras más de siglo y medio de espectacular desarrollo de la producción de libros impresos, el sueño se convirtió en pesadilla, e incluso en “demencia” literaria. Sí, para entonces los autores y los impresores habían proporcionado a los lectores de la época un mar de libros hasta entonces desconocido, donde poder navegar en busca de un conocimiento universal. Sin embargo, la imprenta no había preservado todo el conocimiento, ni tampoco había logrado satisfacer las necesidades de los lectores. Estos miraban a las librerías y a las bibliotecas como un confuso conjunto en el que era difícil encontrar la verdad. La proliferación actual de recursos, repositorios y bibliotecas digitales empieza a causar el mismo efecto, y si don Alonso Quijano perdió el seso por leer tantos libros de caballerías y confundir la ficción con la realidad, ahora no se está muy lejos de dar forma a personajes literarios con el mismo perfil, que confundan la realidad virtual con la física...

3. UN PROPÓSITO: EL LIBRO ANTIGUO COMO OBJETO COMPLETO EN LA INVESTIGACIÓN: UN EJEMPLO

Más allá de la descripción de tendencias investigadoras a lo largo del tiempo, en un ámbito como el que nos reunió en el *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna*, nos ha parecido muy conveniente concluir nuestra participación con varios ejemplos de aplicación práctica. Partiendo de la idea de quien estas líneas escribe, de que un libro antiguo (también el moderno) constituye un testimonio histórico relevante que hay que saber “leer”, he seleccionado un ejemplo que creo puede ser ilustrativos acerca de los resultados que la combinación de diferentes perspectivas puede proporcionarnos para obtener grandes resultados, sin movilizar enormes recursos y esfuerzos.

Hemos escogido para ello un ejemplar de la *Coronica del sancto rey don Fernando tercero deste nombre*, “nueuamente sacada en molde” por Jacobo Cromberger en Sevilla, en 1516. Se conservan dos ejemplares de esta edición príncipe: uno de ellos, sito en la Hispanic Society of New York, está por des-

gracia incompleto, careciendo de portada²⁴, pero el bibliófilo Francisco Guerra logró adquirir uno sin faltas, que hoy se guarda en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense²⁵. Un tercer ejemplar resultó ser el producto de una noticia fantasma²⁶. Casi puede considerarse como un milagro que dos hayan llegado hasta nosotros. Es posible que Cromberger sólo tirara medio millar de ejemplares. Sabemos que uno de los primeros compradores de la Crónica de Fernando III fue Hernando Colón, quien anotó en su *Registrum*, la compra de un ejemplar, que le "Costó en Medina del Campo 42 ms. por Julio de 1518"²⁷. Años más tarde, en un inventario de los libros que Jacobo Cromberger tenía en sus almacenes al fallecer (1528), se anotaba la existencia de 29 volúmenes del "rrey don F[e]r[nan]do faltos" y de 353 "vidas del Santo rrey don f[e]rnando"²⁸. Es posible que los primeros se correspondan con los restos de la edición entintada en 1516 (¿fue uno de ellos el que ahora se conserva en la Hispanic Society of America?), mientras que los otros parecen proceder de la segunda edición de la *Corónica*, entintada también por Cromberger en 1526, y de la que existe, sin embargo, un copioso número de ejemplares.

Dos cuestiones merecen destacarse sobre este ejemplar y sobre su edición. En primer lugar, hay mucho más que decir sobre el mismo que proporcionar un detallado análisis material, como éste:

²⁴ Citado por C. L. PENNEY (1955): *List of Books Printed before 1601 in The Library of The Hispanic Society of America*, New York: Hispanic Society, p. 75: "CRÓNICA DEL REY DON FERNANDO III by unknown; ed. by Diego López de Cortegana. [crónica del sancto rey don Fernando tercero deste nombre que gano a Sevilla y a Cordoba y a Jaen e a toda Andalucia, nueuame[n]te sacada e[n] molde]. Sevilla, Jacobo Croberger, 1516. (impf.; title supplied from Palau). Escudero 191.", y años más tarde en su *Printed Books 1468-1700 in The Hispanic Society of America*, New York, 1965, p. 157, sin añadir nada nuevo a la antigua entrada.

²⁵ *Coronica del sancto rey don | Fernando tercero deste nombre q. gano a Se= | uilla y a Cordoua y a Jaen e a toda el andalu | zia. Cuyo cuerpo esta en la santa iglesia de seui | lla. Nueuame[n]te sacada e[n] molde*. Fo. - a-d8 e10. 42 ff. Ij-xxxix, xxxviii, xli, xlii. 2 columnas, 46 líneas en folio 5^a. Tipos c. 285 G (para la primera línea del título), 1583 G (resto del título y encabezamientos) y 98 G para el cuerpo del texto. NORTON, 894. Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense. BH FG 2035.

²⁶ Como indica M. FERNÁNDEZ VALLADARES, según noticia que le proporcionó Julián Martín Abad: "un tercer ejemplar citado como existente en la Universidad de Wisconsin (Madison) es noticia fantasma generada por una reproducción en microfilm". (2007): "Crónicas de la primera imprenta española", en *Una biblioteca ejemplar. Tesoros de la colección Francisco Guerra en la Biblioteca Complutense*, Madrid: Ollero y Ramos-Universidad Complutense de Madrid, p. 53, n. 10.

²⁷ Registro colombino, 4150. Citado por F. ESCUDERO Y PEROSSO (1894): *Tipografía Hipalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*, Madrid: Sucesores de Ribadeneyra, n.º 191.

²⁸ C. GRIFFIN (1988): "Un curioso inventario de libros de 1528", en P. M. CÁTEDRA GARCÍA y M. L. LÓPEZ-VIDRIERO ABELLO (coords.): *El libro antiguo español: actas del Primer Coloquio Internacional*, (Madrid, 18 al 20 de Diciembre de 1986), Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 204 y 224.



*Coronica del sancto rey don | Fernando tercero deste nombre q. gano a Se=
|uilla y a Cordoua y a Jaen e a toda el andalu | zia. Cuyo cuerpo esta en la
santa iglesia de seui | lla. Nueuame[n]te sacada e[n] molde.*

Fol. – a-d8 e10. 42 ff. l.j-xxxix, xxxviii, xli, xlii. 2 columnas, 46 líneas en folio 5^a.

Tipos c. 285 G (para la primera línea del título), 1583 G (resto del título y encabezamientos) y 98 G para el cuerpo del texto. NORTON, 894.

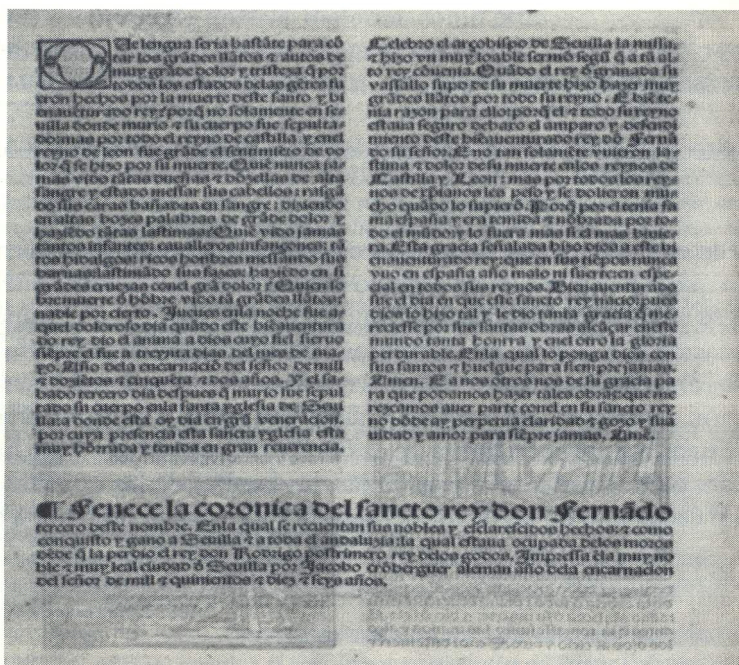
Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense. BH FG 2035.

¿Puede el análisis material proporcionarnos algo más de información histórica que la plasmada en un registro catalográfico tan detallado? Cuando en 2008 se me propuso realizar un estudio de esta obra, para acompañar su edición facsimilar, uno de mis primeros empeños fue el de tratar de identificar a sus anteriores lectores o dueños (en línea con una de las líneas de investigación actuales)²⁹. Sin embargo, había una dificultad. No queda rastro alguno de sus nombres en forma de *ex libris* o de *super libros*. Sólo han permanecido, guillotizadas en varias hojas, las huellas de las eruditas anotaciones en castellano de un lector del siglo XVIII, quien comparaba el texto

²⁹ (2008): “El santo rey Fernando y su periplo entre las viejas crónicas”.

del postincunable sevillano con el de otras crónicas. En principio, de este pulcro anotador poco podíamos decir, pero la evolución del mismo nos fue convenciendo de que aquel lector dieciochesco era el historiador cántabro Rafael de Floranes Vélez de Robles y Encinas (1743-1801), señor de Tabaneros.

A fines del Setecientos fue éste quien proporcionó al padre Méndez los datos tipográficos de la edición crombergiana de 1516, y lo hizo sobre un ejemplar de su propiedad. De aquí tomaría más tarde Salvá la información para su Catálogo. Al tratarse del dueño del único volumen conocido en el siglo XVIII, era lógico preguntarse si el nuestro era el que le había pertenecido. Durante días comparamos las escasas (y mutiladas) muestras de la letra del anotador de la *Corónica* con la empleada por Floranes en varios de sus manuscritos autógrafos, conservados en la Biblioteca Nacional, sin poder afirmar que las *marginalia* fueran de su mano, aunque sí de la misma época. Sin embargo, finalmente vino a convencernos esta nota que figura en el colofón de la *Corónica*: "Otras cinco ediciones (sin esta, que no conozco) refiere el Sr. Cerdà, Prolog. a las Memor. de D. Alonso el Sabio, de Mondexar, p. XII".



¿Qué tienen de particular estas líneas? Son exactamente los mismos comentarios que Floranes escribió en sus apuntes manuscritos sobre su ejemplar de 1516. Su semejanza es tal, que sólo puede creerse que los anotara él mismo. Y es que esta *Corónica* tuvo gran interés para Rafael Floranes, quien se propuso –en una documentada *Disertación sobre las Crónicas generales de España*– la tarea de escribir “una Historia del Rey S. Fernando de Castilla y León, que uniformemente comprenda las tres partes de su vida, Moral, Militar y Política”, y enumeró entre las fuentes diversas que iba a emplear (para “trazar una edición exacta e ilustrada”) un ejemplar de la *Corónica*, impreso en 1516, de su propiedad, no citado por Cerdà:

“Estos Prólogos, y aun los capítulos de la continuación [se refiere al texto de la Crónica], nos han guiado à conocer el Autor verdadero de la Crónica vulgar de S. Fernando, de que conocemos seis ediciones, las cinco referidas por el muy erudito D. Francisco Cerdà en su Prólogo à la que hizo de las Memorias del Rey D. Alonso el Sabio, que dexó inéditas el Marqués de Mondexar, plana XII (aunque en su designación no conforme en todo al P. Florez en el lugar citado abajo en la Not. 30), y otra anterior à todas ellas, de que parece no uuo noticia este erudito y es de nuestro uso, hecha en Seuilla por Jacobo Cronberger, Alemán, año 1516, en 42 folios: de la qual damos razón, por lo mismo que es la más antigua, y la propia que salió de las manos de su unico editor D. Diego López de Cortegana, à la sazón Arcediano de Sevilla, bien conocido por otras obras. El qual en el Prólogo ó Dedicatoria a D. Fernando Henriquez de Rivera en el año anterior 1515 dice la acaba de sacar para la que la goze el Publico, de la Librería de aquella Santa Iglesia, donde hasta entonces se hallaua inédita y oy no se encuentra”.

Recordemos aquí de nuevo la nota manuscrita que aparece al final del actual ejemplar de la colección Francisco Guerra. Poco después fue el propio Floranes quien comunicó al agustino Francisco Méndez (1725-1803) más datos sobre esta edición. Méndez estaba escribiendo una historia de la imprenta en España, su *Tipografía Española*, tarea en la que contó con la ayuda del erudito cántabro. El manuscrito de la obra está profusamente anotado por ambos, e incluso Floranes escribió un cuaderno con apuntes para su amigo Méndez sobre esta cuestión. Pero como ocurriera con la *Disertación* de Floranes (que quedó inédita), la impresión sevillana de 1516 no figura tampoco en la *Tipografía Española* de Méndez, impresa en Madrid, por la

viuda de Ibarra (1796). Sin embargo, en el muy posterior *Catálogo de Salvá* (1872) sí se anotó la existencia de aquella edición. Y ello gracias a que Salvá logró consultar en Londres el supuesto manuscrito del tomo segundo de su *Tipografía*. Aquí halló un artículo o papel en letra del bibliófilo Rafael Floranes, que decía: "Coronica del Sancto Rey. D. Fernando tercero deste nombre que gano a Sevilla y a Cordoba y a Jaen e a toda el andalucía. Cuyo cuerpo está en la santa iglesia de Sevilla. Nueuamente sacada e[n] molde. Por D. Diego López (de Cortegana) Arcediano de aquella Iglesia, quien la dedica á D. Fernando Henriquez hijo de D. Pedro Henriquez mayor de Andalucía". Añade Salvá que según Méndez (o mejor dicho Floranes):

"Salió esta impresión allí (en Sevilla) por Jacobo Cromberger Alemán, Año 1516, en un tomo en fol. de 40 hojas, y debe ser rara cuando el Sr. Cerdá en el prólogo á las Memorias de D. Alonso el Sabio, de Mondéjar, refiere otras cinco posteriores y omite ésta, pág. XII. Tiénela en la librería el Sr. Floránes de Valladolid".

Resultaba evidente (a nuestro entender) que Floranes copió para Méndez la misma nota que había escrito en sus *Disertaciones*. Salvá sigue enumerando en su catálogo otras ediciones posteriores, como una de Valencia en 1541 y otra de Medina de Campo (1547), con la advertencia de que aquellas sí son mencionadas por Francisco Cerdá y Rico en sus *Memorias sobre Alfonso X* (1777). Creemos que si por entonces Cerdá no incluyó la edición de 1516 fue únicamente porque su amigo Floranes también la desconocía. En nuestra Biblioteca Nacional y en la Real Academia de la Historia se conservan varios volúmenes con papeles de Floranes sobre crónicas y la imprenta en España, entre los que se encuentra la citada *Disertación*. No tiene fecha, pero hacia 1787 Floranes escribió un largo apunte sobre el proyecto de publicar las principales crónicas de Castilla. Al referirse a la de Fernando III hizo un resumen bibliográfico notable, pero en él no incluyó referencia alguna a la impresión crombergiana, y sí, en cambio, destaca que él tenía en su biblioteca una copia manuscrita. Es por este motivo que consideramos que compró su ejemplar, luego citado en su *Disertación* y cuidadosamente referenciado para Méndez, entre 1790 y 1800, al final, pues, de su vida.

Otras notas en el ejemplar complutense de la edición de 1516 parecen apuntar en la misma dirección, como cuando su lector dieciochesco (Floranes) subraya el apoyo de Fernando III a la universidad de Palencia (el erudito dieciochesco escribió una historia de las antiguas universidades castellanas), o cuando en el folio XVIIIvº, al margen del Prólogo que da paso

a la llamada “Continuación del Toledano”, anota: “ver la msta (i.e. manuscrita) mía del año 1344”. Esta nota alude a la denominada *Crónica* de 1344, obra anónima, también llamada *Segunda Crónica General*, en la que se refundió la obra historiográfica del período alfonsí y se amplió la narración de los hechos hasta la toma de Algeciras en 1344. ¿Tuvo Floranes en su biblioteca un código de esta *Crónica*? La respuesta es: sí. Ya en 1863 Amador de los Ríos destacaba el gran aprecio de Floranes por la *Crónica* de 1344, de la que tenía una copia antigua. Ésta fue la misma que en 1904 fue adquirida por Marcelino Menéndez y Pelayo, quien rápidamente informó de su compra a su amigo Ramón Menéndez Pidal. Éste le contestó felicitándole con entusiasmo:

“Mi querido Maestro: buen alegrón, me produjo la noticia de tener V. ya en su poder el código de la *Cronica* de 1344 que poseyó Floranes, notable por su contenido y curioso por su procedencia. No podía pensar fuese esa la nueva *Crónica* de que me había hablado D. Carmelo Echegaray. Ahora sí que se podrá hacer una buena edición de la *Cronica* de 1344! y de buena gana alargaría mi viaje a ver el nuevo ms. si no fuese por los exámenes que ya me estarán esperando. A ver si arreglo desde el principio del curso mi viaje de veraneo para poder ir una temporada con Vd. el año próximo, que mucho lo deseo hace tiempo”.

A la muerte de Floranes debió adquirir este impreso don Fernando Fernández de Velasco y Pérez de Soñanes, político carlista y bibliófilo del siglo XIX, nacido en Burgos el 29 de mayo de 1835 y fallecido en Villacarriedo el 30 de noviembre de 1912. Sin problemas económicos, la bibliofilia y la causa carlista fueron sus dos grandes pasiones. Quizás fuera en esta época cuando compró su ejemplar de la *Corónica del sancto rey*. Su anterior dueño, Floranes, tuvo una extraordinaria biblioteca que a su muerte fue vendida por su hermana y sobrinos en Valladolid. Entre los compradores estuvo, en primer lugar, el relator de la chancillería vallisoletana Manuel de Acosta. La Real Academia de la Historia compró algunos de los manuscritos de sus obras, y otros el Duque del Infantado, que fueron después a parar a la Biblioteca Nacional de Madrid. En 1861 alguno de los libros de Floranes estaba a la venta³⁰. Eran, sin duda, un apetitoso bocado para los bibliófilos de la época,

³⁰ Como un ejemplar incunable del *Pomponii melle cosmographia de situ orbis*, Valencia, Lamberto Palmart, 1482. Sobre el que anotaba Menéndez Pelayo: “De esta edición rarísima hay ejemplar en la Biblioteca Nacional

y más para los que compartían con aquel un origen cántabro. Ya sabemos que Marcelino Menéndez Pelayo compró algunos de sus manuscritos para su biblioteca de Santander³¹, y en la misma línea pudieron interesar sus libros a Fernández de Velasco, burgalés de nacimiento, pero cántabro de adopción.

Y hasta aquí pude llegar en 2008 en mis investigaciones sobre la procedencia de este ejemplar. La hipótesis planteada estaba fundamentada en un cotejo convincente entre las marginalia de este libro y las fuentes manuscritas de las obras conservadas de Floranes, pero su demostración vino de la mano de una excelente alumna del Máster en Gestión de la Documentación y Bibliotecas (UCM), Lourdes Viñuela Reinoso, quien en su trabajo de Fin de Máster sobre la biblioteca de Fernando Fernández de Velasco (2011), localizó que sus descendientes habían conservado un catálogo en fichas manuscritas de su colección, elaborado por el propio bibliófilo hacia 1898. Y en la referida a nuestra *Corónica*, se decía, en transcripción que debemos a Lourdes Viñuela:

"Primera ed. Y ejemplar único, pues es el mismo que perteneció al Sr. Florianes según consta de lo que dice el P. Méndez y el Sr. Salva al nº 2895 de su catálogo. De Florianes pasó a sus herederos: de uno de estos los adquirió el Sr. Carderera. En la venta de la Biblioteca de este lo compró el Conde Santiago: heredole su hija, cuyo marido el Marqués de Santillana me lo dio en justa correspondencia de haberle yo regalado un códice del siglo XVI escrito en vitela con adornos y miniaturas que contenía un título de propiedad que valía de 2 á 3000 pesetas"³².

de Madrid; otro poseía, a fines del siglo pasado, D. Fernando José de Velasco, y otro D. Rafael Floranes. Este último tenía la singular recomendación de haber pertenecido al Maestro Antonio de Nebrija, de cuya letra tenía por las márgenes, y aun entre los renglones, algunos escolios puestos por él precisamente el mismo año en que se imprimió el libro (Vid. Floranes: *Apuntamientos sobre la Imprenta*, al final de la 2ª edición de la Tipografía Española del P. Méndez, pág. 293). Parece que este ejemplar debe de ser el mismo que en 1861 se anunció a la venta en el *Boletín Bibliográfico Español* de D. Dionisio Hidalgo (tomo II, pág. 69) en precio de 320 rs., puesto que contenía, según la descripción del librero, «algunas notas marginales manuscritas y varios párrafos del texto subrayados». *Bibliografía Hispano-Latina Clásica. VII: Hostio – Plauto*, en la edición digital a partir de (1952): *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Vol. 45*, Madrid: CSIC.

³¹ Y no sólo esto, en 1909 publicó el artículo "Dos opúsculos inéditos de don Rafael Floranes y don Tomás Antonio Sánchez", en sus *Estudios de Crítica Literaria* (1942), VI.

³² L. VIÑUELA REINOSO (2011): *La biblioteca de D. Fernando Fernández de Velasco. Palacio de Soñanes, Cantabria. Trabajo de Fin de Máster en Gestión de la Documentación y Bibliotecas. Especialidad de Patrimonio Bibliográfico*, Madrid: UCM, pp. 41-42.

El descubrimiento de Lourdes Viñuela constituye además una bonita manera para que este “viejo” historiador del libro, reconozca la labor de esta “joven” historiadora. Y dicho esto en el contexto del *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna*, no se pretende plasmar una mera cortesía, sino ofrecer con este ejemplo una clara invitación a que otras “promesas” de nuestra investigación historiográfica exploren las múltiples variantes que el libro, la lectura y las bibliotecas en la Historia Moderna nos ofrecen.

II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna

Antonio Jiménez Estrella, José Antonio Guillén Berrendero,
Diana Carrió-Invernizzi, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero,
Ángel Alloza

Editor

Félix Labrador Arroyo

La Universidad Rey Juan Carlos, en colaboración con la Fundación Española de Historia Moderna y el Instituto Universitario la Corte en Europa de la UAM, organizó a comienzos del mes de julio de 2013 el II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna bajo el genérico título de Líneas de investigación reciente en Historia Moderna. Este segundo Encuentro continua una línea de trabajo que inició la FEHM con la celebración en la Universidad de Zaragoza, en 2012, de un primer encuentro y que tendrá este año en la Universidad de Valladolid su tercera edición.

Esta obra recoge las ponencias que jóvenes profesores españoles presentaron sobre tres importantes ámbitos de estudio y análisis por parte de la historiografía modernista: la primera, Nobleza y Ejército, la segunda Coleccionismo y Patronazgo y la tercera Historia Económica y Comercio. En estos trabajos se realiza un estado de la cuestión de estas tres grandes áreas temáticas y futuras líneas de trabajo e investigación. Además, de los estudios presentados por jóvenes investigadores vinculados a los quehaceres universitarios o no, pero comprometidos en investigaciones modernistas de España, Bélgica, Brasil, República Checa, Argelia e Italia, agrupados en cuatro ejes: Política y Religión, Ejército, Arte y Cultura y Economía y Sociedad, que ofrecen una interesante panorámica de la situación de la investigación modernista.



Universidad
Rey Juan Carlos




ediciones
cinca